

IV

CÓMO SE HACE HABLAR Á UN MUERTO

Aquella misma noche, á la hora en que acababa de consumirse la casa maldita de la calle de las Viejas Estufas, y á la hora también en que Sed de Amor, Cortomontel y Matraca, luego de abandonar en las colinas de San Roque la carroza en cuyo interior sólo quedaba el duque Rolando próximo á salir de su sueño provocado, se lanzaban á la conquista del castillo de Chaumont, un hombre de elevada estatura, envuelto en un kaftan y la cara cubierta por tupido velo, recorría sigilosamente la galería que terminaba en el departamento que, en el palacio del Luvre, habíase reservado, para su uso particular, el gran canciller.

Llegado que fué á la puerta, abriola sin hacer ruido, y durante un momento permaneció en el umbral.

El marqués de Villequier velaba, sentado ante una mesa inmensa, cubierta de papeles y legajos.

No quiere esto decir que trabajase. Hallábase preocupado porque acababan de anunciarle el extraño suicidio de su físico, quien había preferido enterrarse en las ruinas de su casa incendiada y en compañía del relapso reclamado por el rey, antes que consentir en entregarlo.

Levantó el hombre de pronto la cabeza, reflejándose en su mirada el estupor más extraordinario.

Ante él, calmo y altanero, erguíase el recién llegado, quien acababa de dar en silencio la vuelta á la mesa.

— ¡Tú! ¡Tú, Salem! — pudo articular por fin el ministro. — Luego no has muerto...

— Excelencia, — contestó Salem Kébir con tono severo, — cuando cesa de cubrirme la protección de los hombres apelo á la de alguien que está muy por encima de ellos. Y es esta última una protección con la que cuento, y que no se ha desmentido nunca.

— ¿Es eso un reproche, amigo Salem?

— Es sencillamente un hecho, excelencia.

— Ya comprendes, — balbuceó el canciller, — que no me era posible exigir el mantenimiento en tu favor del derecho de asilo cuando su majestad ordenaba que se te retirase. Pero dime, ese aventurero, ese entuertador del diablo, ¿qué has hecho de él?

— No ha sonado aún su hora postrera... Además, estaba en posesión de un filtro.

— ¡Desgraciado! ¿Le has permitido que huya? El rey...

— El rey, — interrumpió Salem, — es un hombre, mientras que Allah es Dios. ¿Cuál de los dos, vamos á

ver, debe inclinarse ante la voluntad del otro? ¿Dios ó el rey?

— Tú pierdes el juicio; tu dialéctica no es de este mundo.

— Lo que estamos perdiendo ambos, excelencia, es el tiempo. He venido aquí para interrogar al muerto por cuenta vuestra.

— ¡El muerto! — repitió Villequier estremeciéndose, víctima de supersticioso terror. — Es verdad; tú me has asegurado que con ayuda de medios solo de ti sabidos, repetición sin duda de horribles arrumacos de antiguos ritos paganos, lograrías desgarrar el velo que oculta el misterio del mañana.

— Eso es cosa hecha, excelencia.

— ¿Cómo?

— Sí; mientras que inclinado sobre esa mesa dejabais errar vuestro pensamiento, apartándolo de los documentos que fingiais leer, pensando tal vez en las consecuencias de mi desaparición, yo trabajaba por vos.

— ¿En tu hoguera?

— No, señor; aquí.

El brazo del físico se elevó lentamente, señalando un rincón obscuro. Villequier siguió el gesto con la mirada, y apartó esta enseguida estremeciéndose.

En el fondo del ángulo entrante destacábase formando un negro rectángulo, un paño también negro, salpicado de estrellas de plata.

Vista desde lejos, en la penumbra, la sombría masa presentaba toda la apariencia de una colgadura de catafalco. Y lo era en efecto, pues en realidad ocultaba la

puerta vidriera del gabinetito en el que, sobre una otomana de cuero, reposaba la piel de perro recogida en Montfaucon por Dervic, en la cual conteníase un cadáver humano.

El marqués no había visto nada, ni era tampoco necesario. Cómplice tenebroso en las maquinaciones de la reina madre, habíase prestado bajamente á auxiliar la asechanza de Vincennes, y tanto él como Catalina estaban convencidos de que la peluda mortaja contenía los restos del marqués Jacobo de Villanueva-Marsan, asesinado en el famoso castillo.

Estremecióse, como decimos, y preguntó, bajando sus pobladas cejas:

— ¿Has... estado á verle?

— En cumplimiento de vuestras órdenes, excelencia.

— ¿Está muy cambiado?

— Está hoy como estaba ayer, y tal como estará mañana.

Todos los oráculos tienen la manía de expresarse de modo que sus frases resulten ambiguas; de donde resulta que siempre tienen razón.

Villequier sacudió la cabeza al oír las palabras de Salem procurando dar á su respuesta un sentido relativamente comprensible.

— Sí, ya caigo; — pensó de pronto. — Quiere decir que el gran marqués, que se hizo matar ayer, está hoy tan muerto como lo estará mañana.

Á esta penosa deducción siguió un momento de silencio.

Algo le quedaba aún por preguntar; pero debía ser algo muy grave á juzgar por sus vacilaciones, y la oblicua mirada que dirigía á su médico con la secreta esperanza de que éste, decidiéndose al fin á hablar, le evitase á él formular la pregunta dificultosa.

Pero Salem Kebir parecía complacerse observando el embarazo de su interlocutor, y lejos de sacarle de él, á través del tupido velo que le cubría el rostro fijaba en el ministro sus ardientes pupilas poniendo en la mirada tanto odio como desprecio.

Por fin, la excelencia se decidió.

— Mi buen Salem, — dijo, — ¿has podido realizar el experimento de que me hablaste?

— Sin duda alguna, monseñor; — contestó el físico.

— De no ser así no me veríais en vuestra presencia.

— ¿Con... buen éxito?

— Con éxito excelente. El muerto ha hablado.

El canciller bajaba un poco más la voz á cada una de sus preguntas, aumentando al mismo tiempo su palidez á cada una de las respuestas del adivino. Su semblante llegó a parecer de cera.

— ¿Es posible? — murmuró temblando. — ¿Pueden, los que ya no existen, recibir órdenes de los vivos y obedecerlas?

— Sí, señor, lo pueden; no lo dudéis. La profetisa Issa ayunó en el desierto cuarenta días y contestó al Espíritu del mal... Allah, el Dios único, concedió cuarenta horas á todo hombre muerto de muerte violenta para denunciar á sus asesinos y dictar por sí mismo el castigo que debe imponerse á sus matadores.

— Pero, — exclamó el canciller respirando con dificultad, — yo no he tenido arte ni parte en el prematuro fin del prisionero de Vincennes.

— Vos sabíais lo que contra él se tramaba... El mismo me lo ha dicho.

— ¿Desdichado, qué dices?

— Vuestra excelencia me excusará. Si el cadáver ha mentido respecto de ese punto concreto, quedan sin efecto las amenazas contenidas en sus demás palabras.

Extraordinaria agitación habíase apoderado del ministro al escuchar las palabras de Salem Kebir. Rechazaba, en su fuero interno, como inverosímiles, las manifestaciones más ó menos probadas de la magia negra, y sin embargo, tenía miedo, porque parecía que nadie más que el difunto marqués hubiera podido poner al físico al corriente de su pasiva complicidad en el asesinato proyectado y realizado.

— Mi buen Salem, — balbuceó, — la mentira es patente; de modo que, como tú mismo acabas de decir, nada tengo que temer.

— De ello me huelgo por vos, monseñor, y muy especialmente por la persona en favor de la cual os interesáis.

— ¿Qué persona es esa? ¿De quién hablas, Salem?

Sin contestar á estas preguntas, el mago sacó la derecha mano de entre los pliegues del kaftan, donde la tuviera guardada un momento, y puso un collar sobre la mesa.

Convulsivo temblor agitó los miembros de Villequier cuando hubo fijado su mirada en la joya.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¿Qué es eso? — preguntó parpadeando, como si se hallara deslumbrado.

Era un collar, compuesto de dos sartas de perlas azuladas, lechosas, irisadas, engastadas en un hilo de oro de esquisita delicadeza. En el centro brillaba un colgante formado por dos letras en brillantes: una *Y* y una *G* entrelazadas.

Salem Kebir explicó:

— Son las piedras que vuestra excelencia ha tenido á bien confiarle para interrogar á la víctima acerca de las intenciones amorosas de la mujer á quien pertenece esa joya.

— ¡Yannie! ¡Yannie de Goulaine! ¡Mi hija adoptiva! ¡Mi eterno sueño! ¡Aquella por cuyo amor suspiro! ¡La mujer cuya indiferencia será causa de mi muerte!

Así pensaba el canciller, invocando interiormente, en ardiente plegaria, la imagen de su ídolo.

Porque es de advertir que el viejo libertino que matara á disgustos á su esposa, y que había casado á su hija con el marqués de O, uno de los hombres más mujeriegos de la corte, se encontraba entonces bajo el imperio de senil y violenta pasión.

No obstante sus cincuenta y cinco años, habíase enamorado locamente, como un colegial, de Yannie de Goulaine, joven y pura muchacha de diez y siete años confiada á su tutela por su padre moribundo.

Celosamente vigilada por el poco seductor cortesano, Yannie sólo salía del Hotel de la calle de la Astrucea, en el que su tutor parecía haberla enterrado en vida, para

asistir todos los domingos á la misa en San Eustaquio, y esto no sola, sino acompañada de una respetable y bigotuda dueña.

Esta, doña Tifania, tenía por misión la de preparar hábilmente á la joven para recibir el inestimable favor que pensaba acordarle el caduco suspirante; pero era tal la inocencia de la doncellita, que las proposiciones más ó menos hábilmente disfrazadas de la dueña no habían obtenido hasta entonces otra respuesta que la más fresca é ingenua sonrisa.

Es de advertir que el corazoncito de la niña había hablado ya y aun realizado su elección.

Quiéras que no, hubo de fijarse, en la iglesia de San Eustaquio, en cierto gentilhombre de arrogante figura que le ofrecía el agua bendita á la entrada del templo, y que la saludaba tímida y respetuosamente á la terminación del oficio.

Aun no se habían hablado los jóvenes, ni era preciso. Ninguna necesidad hay de hablarse para amar. Cuando los ojos quieren, saben sostener diálogos de soberana elocuencia.

Los de Yannie de Goulaine y los de Carlos de Entragues, el menor de los dos hermanos de este apellido, quisieron entenderse y se entendieron. Los jóvenes se amaban. Habíanse comprendido tácitamente.

Claro es que Luis de Villequier no sospechaba nada de todo esto, pues de saberlo, su cólera habría sido terrible. Pero no tenía del idilio ni la más ligera idea porque su espía doña Tifania lo ignoraba á su vez por completo. Los enamorados sabían disimular.

Pero, aunque ignorante de lo que pasaba, el amable tutor, cansado de ver la indiferencia con que su pupila recompensaba las atenciones de que la hacía objeto, acabó por dirigirse á su físico, maestro en las ocultas ciencias, para obtener de él algún brebaje mágico, capaz de proporcionarle por maleficio lo que no le era dado obtener con sólo sus naturales encantos.

Salem Kebir habia contestado á su petición :

— Un filtro, monseñor, es siempre una bebida peligrosa. Los afrodisiacos vician la sangre y destruyen la salud de las personas débiles... Antes que recurrir á medios tan extremos bueno seria que os aseguraseis de que la dama en cuestión no ha de aceptaros sino con ayuda de maleficios.

— ¿De qué modo? — habia preguntado el crédulo dispensador de los placeres reales.

A lo cual habiale contestado Salem-Kebir :

— Procurándose el cuerpo de un supliciado, de un burgués ahogado por los malandrines, ó de cualquier otro individuo víctima de ataques que hayan podido determinar muerte violenta. Encontrado el muerto, me confiaréis una joya, un adorno, algo en fin que haya tocado la piel de la Dulcinea...

Y como consecuencia de esa conversación dió Villequier las órdenes oportunas para que el cuerpo del marqués de Villanueva, llevado á Montfaucon, fuese transportado secretamente á su gabinete del Luvre, y por eso también hubo de entregar al físico, para facilitarle su tarea, el collar de que acabamos de hablar, perteneciente á Yannie de Goulaine.

Ya hemos dicho que al verlo sobre la mesa el miserable se sintió abrasado por el fuego de su pasión, y hubo de estremecerse al mismo tiempo, recordando las palabras pronunciadas poco antes por Salem-Kebir.

¡El muerto habia proferido amenazas... contra la persona por la cual se interesaba él, es decir contra Yannie!

— Amigo Salem, — dijo esforzándose por parecer tranquilo, — hacer hablar á un cadáver me parece una monstruosidad merecedora del suplicio de rueda y aun de la hoguera... Pero quiero sin embargo creer que si has cometido ese delito ha sido con el exclusivo objeto de complacerme, y llevado de la mejor intención...

— En efecto, monseñor, por complaceros lo hice; — contestó el mago. — Pero ello es que el muerto ha hecho revelaciones de interés excepcional.

— ¿Qué revelaciones son esas, vamos á ver?

— Me parece inútil repetir las, puesto que su efecto queda atenuado por la mentira del cadáver.

Villequier clavaba las uñas en su carne, bajo los pliegues de la sobreveste; el hombre preveía que iba á tratarse de Yannie, y ante la probabilidad de oír que aquella mujer le detestaba, sufría un tormento indelible. Perdiendo en fin toda noción de dignidad exclamó brutalmente :

— ¿Hablarás de una vez, animal?

Salem-Kebir lanzó al ministro una mirada sangrienta.

— Puesto que lo exigís... — dijo inclinándose.

Y señalando al collar añadió :

— Ved esas gemas, excelencia; ¿no os parece que su oriente cambia? Dijérase que palidecen...

— ¡Sí por Dios! Pero ¿qué misterio es ese?

— Nada que deba preocuparos, monseñor. Después de todo, tal vez se trata de una sencilla ilusión óptica.

— ¿Estás seguro de ello?

— Puesto que el muerto ha mentido...

El ministro perdió la paciencia.

— Dime de una vez lo que ha hablado tu oráculo á propósito de esas piedras. ¿No comprendes que tus reticencias y tus misterios me están pudriendo la sangre?

Salem-Kebir pareció recogerse.

— He aquí lo que me dijo; — exclamó luego. — Las perlas viven la vida de la persona que las lleva, toman de ella sus enfermedades y mueren cuando ella muere.

Frio sudor inundaba la frente del canciller. ¿Sería posible que peligrase aquella á quien él amaba?

Ya desde el comienzo de la escena hubo de parecerle que alguna desgracia le amenazaba. Había tenido un presentimiento, y lentamente, inexorablemente, el terror pesaba sobre sus hombros como una capa de plomo.

Quiso sin embargo reaccionar contra él, y se levantó. Interrumpiendo á su sibilino interlocutor, le preguntó:

— ¿Quiere eso decir que Yannie está enferma?

— Esperad: el muerto añadió esto: « La que fué estuche viviente de esas piedras sufre de verse encerrada,

porque un amor violento hase adueñado de su corazón... Cuando el oriente de esas gemas se empañe, la prisión de la mujer que las ha llevado se verá invadida por el hombre que, hablándola de amores, sabrá hacerse con ella para matarla.

— ¡Empañadas ya lo están! — gritó angustiado el ministro, mientras que Salem proseguía implacable:

— Y cuando ya no brillen en absoluto, es que la mujer habrá muerto.

Lívido y tembloroso, incapaz de coordinar las ideas que tumultuosamente bullían en su cerebro, Luis de Villequier, como si un brusco acceso de locura le acometiese, derribó la butaca, precipitándose enseguida hacia la puerta.

Tras esta velaba un alabardero, al que atropelló, pasando ante él como una tromba.

Estaba como loco, fuera de sí.

Corría en tal estado hacia su hotel particular de la calle de la Austrucea en el cual, suponiendo que la abominable predicción fuese falsa, debía hallarse durmiendo á aquella hora Yannie de Goulaine, bajo la custodia y protección de la venerable doña Tifania, su dueña.

Apenas desaparecido el canciller por el extremo de la galería, Salem-Kebir despidió con un gesto al alabardero que aún creía haber sido víctima de una ilusión y no de un atropello real y efectivo, y cerrando las puertas con sus candados respectivos volvió hacia la mesa.

Una vez allí levantó su capuchón, y se quitó el velo

para airear un poco sus mejillas encendidas, dejando entonces al descubierto una cabeza enérgica aureolada de grises cabellos; la cabeza misma de aquel viajero musulmán con quien hubo de encontrarse Bernardo de Arma, bastante tiempo antes, en las gargantas del Anti-Líbano.

No puede el lector extrañarse de esta circunstancia por cuanto sabe ya, por lo ocurrido en la casa maldita, que Salem-Kebir y Bar Cobral eran dos personajes distintos y una sola persona verdadera.

Su mirada de águila, mirada de reflejos metálicos, tenía en aquel instante cómica expresión de íntimo contento.

— ¡Cuánta estupidez! — murmuró levantando los hombros. — ¿Cómo es posible llevar la credulidad hasta ese punto? ¡Y es á ese fantoche, imbécil y cobarde, á quien están confiados los destinos del reino! ¡Cuánta ignominia, Señor, y cuánta bajeza! Después de todo, yo no debería quejarme, porque ¿cómo hubiera podido emprender mi obra colosal y desempeñar mi papel de genio fanático, si llego á encontrar frente á mí inteligencias poderosas, ó sencillamente cultivadas? Un solo grano de arena bastaría para hacerme tropezar en mi camino, para que mis proyectos aborten... Y por desgracia veo, no uno, sino dos; dos conciencias rígidas que son mi hermano Jacobo y mi hijo, — tu hijo también, Blanca adorada, la sangre de tus venas, el brillo renovado y reforzado de tu mirada que continúa iluminando mi corazón hoy como ayer y como siempre. Hacedme, Señor, la gracia

de salvarlos, de regenerar la Francia... Jacobo es un inflexible, y mi hijo es el honor mismo. Si uno y otro llegan á luchar contra mí, seré vencido; tengo ese presentimiento... En este desgraciado caso, Blanca quedará invengada y yo moriré, Señor, blasfemando contra tu santo nombre...

En el cuarto vecino dejóse oír en este momento cierto ruidillo apenas perceptible, pero que bastó para interrumpir las lúgubres reflexiones del mago.

— ¡Ella tan pronto! — pensó.

Dueño otra vez de su voluntad, cubrióse con el velo, restableció el capuchón en su cabeza, y tomando la lámpara, pasó al gabinetito cuya entrada disimulaban los pliegues de la cortina negra con estrellas de plata.

Sin conceder siquiera una mirada al cadáver del perro colocado en la otomana de cuero, dejó la lámpara sobre un velador, bajando algo la llama de la misma, y fuese en derechura hacia una puerta cuyo vano destacaba apenas en el muro opuesto.

Alguien, del otro lado, arañaba dicha puerta.

Abrióla el mago apartándose á un lado para dejar entrar, inclinándose, á una mujer vestida y encapuchada de negro, detrás de la cual, y adosadas á las paredes del corredor, destacában las siluetas de dos lacayos.

Con un ademán de su enguantada mano hizo retroceder aquella mujer á los dos espoliques hasta los primeros peldaños de una escalera que se perdía en la sombra, y enseguida penetró en el gabinete con paso de autómatas, levantando su capuchón una vez cerrada la puerta.

Apareció entonces, emergiendo del cuello encañonado, y cubierta con una toca triangular, la cara de marfil viejo de la más astuta de las reinas.

La que llegaba era en efecto Catalina de Médicis.

Solo un impèrioso motivo podía haberla decidido á trasladarse al Luvre, sobre todo á aquella hora de noche; el palacio le recordaba cruelmente su pasado poderío y sus crímenes pretéritos.

Fuese derechamente á la otomana, dilató sus narices, aspirando á plenos pulmones el aire fétido, las repugnantes emanaciones que se desprendían de aquella piel de bestia que encerraba un cuerpo humano, y acercándose luego al árabe que permanecièra inmóvil, con acento entre irónico y medroso, le habló de este modo :

— No creí que pudieras acudir á nuestra cita, mi pobre Baltasar. Desde la torre de Ruggieri he visto cómo Satán se llevaba las piedras de tu casa... Por lo visto se olvidó de ti.

— No se ha atrevido á hacerme dejar incumplida la palabra dada á Cibeles.

El lector no ignora que en el calendario cabalístico empleado en sus conversaciones por la reina madre y su astrólogo, se designaba á Catalina con el nombre de Cibeles, y con el de Baltasar á Abou-Nadarah.

Podrá preguntarse, no obstante, por qué la dueña del Hotel de Soissons daba á Salem-Kebir, — puesto que es á Salem-Kebir á quien hemos visto entrar en el gabinetito, — el nombre ó remoquete correspondiente á Abou-Nadarah.

En realidad aquí la aventura parece adquirir cierto aspecto inverosímil, y aun hacer lógica la versión dada por la regatera de la calle de los Dos Escudos; lo sucedido, sin embargo, es que el hombre del kaftan había cambiado de nombre al salir del despacho del canciller, sin transformar en lo más mínimo, ni su traje, ni sus modales.

Brujo-proteo, Salem-Kebir habíase cambiado en Abou-Nadarah.

Aprobando la contestación del astrólogo, la Médicis dijo, intentando sonreír :

— Para un hereje, no está mal eso que dices. Por lo visto vas haciéndote cortesano, lo cual es señal de que degeneras. Pero dejemos eso. No tengo tiempo que perder porque podría llegar hasta el rey la noticia de mi presencia en este sitio... Dime, ¿has consultado al... vamos, al sujeto?

— Os esperaba para hacerlo, señora. Consultándole en vuestra presencia no podréis dudar de la sinceridad de cuanto os diga en su nombre. Ciertamente que los astros no han querido iluminaros cuando hundisteis en ellos vuestras miradas, pero creedme, nada resiste á la evocación hecha sobre despojos humanos profanados, violentados y mancillados, y no creo que se encuentren otros que hayan sufrido tantos oprobios y miserias como los que se encuentran ahí, en esa otomana.

Dicho esto fué á colocar la lámpara junto al macabro bulto, y levantando la tela que lo cubría, abrió las enormes quijadas del perro muerto.

En el fondo del hueco así practicado, pudo verse en-

tonces algo espantoso, espeluznante. Una cara humana imposible de identificar, de tal modo estaba cubierta de sudor y de sangre; y en esa cara, una boca crispada convulsivamente, como si ensayase una amarga sonrisa, y por encima de aquella un párpado cerrado y otro abierto.

La pupila de este último parecía petrificada, inmóvil, fija y muda, y en ella se reflejaba un espejo colocado detrás de Catalina de Médicis. La reina madre se santiguó, llevando á sus labios secos una imagen de la Virgen.

— ¡Me parece muy cambiado! — dijo con voz vacilante. — La mirada del marqués era distinta... Dime, ¿no podrías descubrirlo un poco más?

El evocador había ido á colocarse un poco apartado; su cuerpo servía de pantalla para ocultar el reflejo de la luna azogada, y su derecha mano desaparecía bajo los pliegues de su amplio manto.

Sin contestar á la pregunta de su interlocutora, se apresuró á decir:

— Interrogad, señora; ha llegado el momento. Formulad solamente las preguntas que debéis hacer y por el orden en que hemos convenido.

— ¡Me parece extravagante!

— ¿Qué importa eso? La muerte vé la muerte. Esa masa inerte sabrá desde el otro mundo hacerse comprender de vos, si tal es la voluntad de Allah.

— Querrás decir si Dios lo permite, condenado.

— Solo Allah es Dios.

— Te perdono tu blasfemia porque me eres útil.

Calló la Médicis, vaciló un punto, y luego, bruscamente, mirando con fijeza á los labios del difunto, preguntó:

— Tú que estás allí donde todos iremos, dime, ¿bajará Enrique antes que yo á la tumba?

Los labios continuaron inertes; pero como la mirada de la italiana se fijara en el ojo abierto hubo de estremecerse, por cuanto durante el espacio de un segundo pudo ver cómo en la sombría pupila destacaban claramente siete letras que componían una palabra: « Después ».

Volvióse rápidamente, sospechando tal vez una mistificación.

— ¿Es acaso, — dijo — que te burlas de mí, charlatán desvergonzado?

En realidad habíale parecido sorprender un movimiento rapidísimo del astrólogo; pero como éste continuaba impassible, cruzado de brazos, volvióse ella de nuevo hacia el cadáver segura de haberse equivocado.

Y sin embargo, estaba en lo cierto, puesto que Abou Nadarah había colocado un instante ante la luna del espejo un pergamino horadado por extrañas líneas.

— Puesto que ves los espacios superiores, — siguió diciendo la Médicis, — dime, ¿moriré yo venerada?

La pupila vaciló antes de dar su respuesta; pero enseguida apareció en ella esta palabra: « Maldita. »

Arrugó la reina el entrecejo.

— Rencor me guarda el de Villanueva, — dijo. — Por lo visto me persigue con su odio aun después de muerto.